

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

	Página
Casos y cuestiones de interpretación bíblica actualmente debatidos en la Iglesia Lute- rana - Sínodo de Misuri	1
El lugar del Servicio Cristiano	6
El Bautismo salva	10
¿Qué es el Sacramento del Altar?	19
Bosquejos del Antiguo Testamento	30
Bosquejos para Sermones	36

Publicado por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

Año 15

Cuarto Trimestre - 1968

Número 60

BOSQUEJOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

LA HISTORIA DE ISRAEL

Décima Parte

Exilio y Repatriación

Juicio y Salvación, como hemos visto anteriormente, son como dos manos unidas; y por eso es que juntamos bajo un encabezamiento los capítulos finales acerca del exilio de Judá y su repatriación. El juicio, en esencia, es parte del mensaje del evangelio, porque la manifestación de la ira de Dios sobre el pecador impenitente es una parte de su gloria divina, su triunfo sobre Satanás y su séquito, y el establecimiento de su reino, todo lo cual es evangelio. El juicio, no obstante, es también de la economía de la salvación divina; y específicamente en el presente contexto, el exilio de Israel fue necesario para producir el remanente de creyentes y llevar adelante el evangelio hasta la llegada del justo Hijo de David, el verdadero **Zedek-Jah**, Jehová, Justicia nuestra (Jeremías 23:6; 33:16). Notamos según la historia de Jeremías que repetidas veces el Señor prohibió que el profeta rogara por el pueblo (7:16; 11:14; 14:11; 18:20). El destino inexorable pide el juicio de ambas maneras.

A. LA CAUTIVIDAD

Capítulo 46

"EL DIA" EN JUDA

Jeremías 1 a 29

2 Reyes 24; 2 Crónicas 36

El profeta de la deportación, Jeremías 1 a 52. El principal testimonio que se ha preservado hasta nuestros días acerca de la desolación de Judá desde Josías hasta la destrucción de Jerusalén es el que da el testigo ocular **Jeremías**. Tanto por su temperamento como por la situación que tuvo que enfrentar era semejante a Oseas de Israel. Era el profeta de Judá que ofició de testigo y que con corazón

dolorido tuvo que observar la calamidad que caía sobre su pueblo. Por eso sus profecías eran en su mayoría una endecha del desastre. No obstante, sobre el fondo sombrío de sus luctuosas predicciones brillan las luminosas **Páginas de la Promesa** (capítulos 30 a 33) que revelan su entendimiento sorprendente del nuevo pacto (31:31-34) y que culminan con la profecía del Renuevo de Justicia que había de brotar a David, y cuyo nombre era Jehová, Justicia Nuestra (33:14-16). Era una promesa pronunciada ya por Jeremías (23:1-8) sobre la cual el profeta vuelve con tierna solicitud. Sus experiencias con los últimos reyes de Judá tenían el propósito de evocar el retrato del Descendiente ideal de la casa de David.

Pero fue la clerecía degenerada y sus profetas —a los que más tarde se unieron los príncipes— a quienes el profeta tuvo que desafiar en primer término, y cuya venganza tuvo que soportar. Pero a los últimos tres reyes, que también eran malos, Jeremías tampoco los escatimó (capítulo 22). Con todo, el libro de Jeremías ofrece más información detallada y una descripción más vívida de aquellos días declinantes de Judá, que los capítulos restantes de 2 Reyes (24-25) y 2 Crónicas (36), aunque Jeremías 52 y 2 Reyes 24:18 a 25:30 son prácticamente idénticos.

La clerecía y sus profetas, Jeremías 1:1 a 20:18; 26:1-24. Jeremías fue llamado en el año décimotercero del reinado de Josías de entre los sacerdotes que estuvieron en Anatot en tierra de Benjamín. Estos eran los primeros en volverse en su contra (11:18 a 12:6), como Jeremías recordará más tarde (¿cuándo dio su apoyo al pacto (11:6) en el año dieciocho de Josías?) Durante el largo reinado de Josías, Jeremías trabajó incesantemente para convertir al pueblo (25:3). No se hace mención de él en las Crónicas antes del entierro del rey lamentado (2 Crónicas 35:25), lo que indicaría que obró independientemente del rey reformador. Es indiferente si se cree que la primera parte de su libro (capítulos 1 a 6) pertenece a ese período, o que sean un resumen introductor de su mensaje (en el estilo de Isaías); lo que estos capítulos sí revelan es que la reforma de Josías no efectuó un cambio verdadero en los corazones del pueblo. "Los profetas profetizaron mentira, y los sacerdotes dirigían

por manos de ellos; y mi pueblo así lo quiso" (5:31). "Desde el profeta hasta el sacerdote, todos son engañadores... diciendo: Paz, paz; y no hay paz" (6:13-14). Por lo tanto, "así ha dicho Jehová: He aquí que viene pueblo de la tierra del norte, ... dispuestos para la guerra, contra ti oh hija de Sión" (6:22-23).

Naturalmente, ante todo, este clero corrupto tomó muy a mal la denuncia brusca de este profeta solitario del Señor, y procuró su destrucción. Así fue que al pronunciar su gran discurso en el templo (capítulos 7 a 10) al principio del reinado de **Joacim** (11 años) —Jeremías se refiere a **Joacaz** (3 meses), al que llama Salum, tan solamente en 22:11-12; (cf. 2 Reyes 23:31-35; 2 Crónicas 36:1-4)— y al repetir y detallar sus acusaciones contra el pueblo, los sacerdotes y sus profetas (8:8-10) se juntaron contra él para darle muerte. Pero los príncipes de Judá se interpusieron; y fue entonces que ciertos ancianos recordaron que Miqueas también había profetizado la destrucción de la ciudad, y que Ezequías le había prestado atención. No obstante, cuando **Urias**, bajo la inspiración divina, apoyó el testimonio de Jeremías contra Jerusalén, Joacim y la mayor parte de sus grandes lo condenaron a la muerte, le trajeron a Egipto donde había buscado refugio, y le mataron. Jeremías debió su vida a la protección de Ahicam, el hijo de Safán, escriba de Josías (26:1-24).

Asimismo su sermón de "cinto de lino" (capítulo 13) contra el optimismo y las promesas falsas de los profetas oficiales durante una sequía (capítulos 14 y 15); el del celibato de Jeremías ordenado de Dios (capítulos 16 y 17); el de la observancia del día de reposo (capítulo 17); y sobre todo el del alfarero con su barro (capítulo 18) provocaron más conspiraciones contra el profeta (18:18). La señal simbólica de la vasija rota en Tofet, localizado en el valle del Hijo de Hinom, que fue acompañada con las más terribles predicciones —las cuales reiteró en el atrio de la casa de Jehová (capítulos 18 y 19)— incitó a Pasur, que presidía como príncipe en la casa de Jehová, a mandar que se le azotara a Jeremías y se lo pusiera en el cepo. Por ello se le anunció la profecía de que él, con toda su casa, había de ser llevado a Babilonia para morir allí (20:1-6). Una

descripción general de los sacerdotes y los profetas sigue a la de los reyes en el capítulo 23.

Se inician los setenta años de esclavitud para Judá, Jeremías 21:1 a 25:1-38; 36:1-32; 2 Reyes 23:36 a 24:20; 2 Crónicas 36:1-16. El año cuarto del reinado de Joacim, que puede computarse como el año primero de Nabucodonosor (Jeremías 46:2), fue un año de cataclismo, porque en este año, el príncipe babilonio —que desempeñaba el cargo de su padre Nabopolasar, el cual el año anterior se había aliado con Ciaxares de Media y con él había tomado Ninive (606 a.C.)— derrotó a Neco de Egipto en Carquemis (605 a.C.), e hizo de Babilonia la dueña del mundo durante setenta años. Este fue el Día del Señor (Jeremías 46:10), y señala el principio de los setenta años de la servidumbre de Judá en Babilonia. Así Jeremías lo había profetizado ese mismo año (46:25). Pero en estas mismas profecías acerca de Carquemis, agregó que después de setenta años el Señor había de castigar a Babilonia y desolar la tierra de los caldeos (25:12-13), de acuerdo con todo lo escrito en el libro de las profecías de Jeremías contra las naciones (véase capítulos 46 a 51). Y también profetizó que salvaría a Israel de su cautividad sin destruirlo del todo, como iba a destruir a todas las naciones (46:27-28). Pero a todo esto Joacim y su pueblo hicieron oídos sordos, así como también el ejemplo singular de los recabitas (capítulo 35) no los movió al arrepentimiento (Jeremías 25:1-38).

Subió Nabucodonosor en campaña contra Jerusalén y le sitió, y llevó a Joacim a Babilonia atado con cadenas. Pero cuando el rey de Judá se le sometió, Nabucodonosor se conformó con llevar una parte de los utensilios de la casa de Jehová (2 Reyes 23:36 a 25:7; 2 Crónicas 38:5-8; Daniel 1:1-2).

[Entre los de la descendencia real y los príncipes llevados a Babilonia por Nabucodonosor en esa oportunidad, figuró **Daniel**. Este, por la gracia del Señor, después de tres años superó a todos los magos y astrólogos de los caldeos en todo asunto de sabiduría e inteligencia y en el entendimiento y sueños. En el segundo año del reinado de Nabucodonosor, Daniel fue elevado a gobernador de la provincia de Babilonia y principal de todos los magos de Babilonia,

en virtud de su revelación e interpretación del sueño del rey acerca de los cuatro reinos (Daniel 1 y 2). Este profeta no desempeñó ningún papel directo en la historia del exilio como predicador a su pueblo sino que fue profeta al gobernante mundial y a la posteridad. No obstante, el prestigio de que gozó Daniel entre sus compatriotas (lo que se desprende de su propio relato) se debió a su piedad personal; y era tan grande que Ezequiel, diez años más tarde, no vaciló en colocarlo en la categoría de Noé y Job (Daniel 1:1 a 2:49; ver abajo).]

Entonces el Señor al fin mandó a Jeremías escribir en un libro todas las palabras que él había hablado desde los días de Josías, a fin de que Judá, oyendo una vez más, podría arrepentirse de su mal camino y ser perdonado. Cuando Baruc el amanuense de Jeremías había tomado el dictado de su señor (cf. 45:1-5), leyó el rollo en el día de un ayuno especial el año siguiente a oídos de todo el pueblo, porque se le había prohibido a Jeremías entrar en el templo. Los safanitas y sus compañeros se espantaron, en verdad, pero también temieron por Jeremías, y le dijeron que se escondiera antes de que llevaran el rollo a Joacim. Pero el rey se enfureció (¿por qué había calculado que obtendría la ayuda de Jehová en apoyo de la rebelión que tramaba en ocasión de este ayuno solemne?) al oír la lectura, rasgó el rollo a medida que se lo leía, y lo quemó en el brasero, a pesar de los ruegos de Elnatán, Dalafá y Gemarías. No obstante, no pudo echar mano a Baruc y Jeremías. Estos procedieron a escribir una versión amplificada del libro según el mandamiento del Señor. Y Jehová pronunció este juicio sobre Joacim: que no tendría quien se sentara sobre el trono de David (Jeremías 36:1-32).

Después de tres años, Joacim realizó su planeada rebelión y por instigación del Señor fue acosado por las invasiones de los caldeos y sus vasallos, vecinos de Judá, lo que probablemente resultó en el destino profetizado para Joacim (2 Reyes 24:1-6; nótese que el v. 6 no dice que Joacim fue sepultado en la sepultura de los reyes; cf. Jeremías 22:13-19).

Su hijo **Joaquín** (8 meses y 10 días) en verdad le sucedió, pero Nabucodonosor, el cual ya había expulsado a Neco

de Asia, vino poco después y le llevó cautivo a Babilonia, juntamente con su madre, su harén y lo selecto de la tierra. En lugar de Joaquín puso por rey a Matanías su tío, el hijo menor de Josías, al cual le cambió el nombre por el de Sedequías (2 Reyes 24:7-17; cf. Ezequiel 19:5-9).

Sedequías el falso, Jeremías 21:1 a 29:32; 2 Reyes 24:18-20; 2 Crónicas 36:11-16. **Sedequías** (11 años), malo como Joacim, sabía lo que le esperaba por medio de la parábola de Jeremías acerca de las dos cestas de higos (Jeremías 24:1-40) referente a la deportación de Joaquín (o sea Jeconías). En dos cartas a los cautivos (Jeremías 29:1-32) enviadas por mano de los safanitas, Jeremías les advirtió a los cautivos de las promesas falsas hechas por los profetas entre ellos, y en especial por Acab, Sedequías y Semaías. Jeremías les volvió a decir que el rey Sedequías y el resto que quedó en Judá eran los higos malos que no pueden comerse, y que habían de ser removidos.

En el cuarto año de Sedequías, el Señor mandó a Jeremías llevar un yugo sobre su cuello y enviar yugos semejantes a los reyes de Edom, Moab, Amón, Tiro y Sidón por medio de los mensajeros que estos reyes habían enviado a Sedequías (¿con la intención de persuadirle a aliarse con ellos en una insurrección contra Babilonia?). Jehová quiso así amonestarles de que castigaría al que no pondría su cuello debajo del yugo de su siervo Nabucodonosor. Les amonestó que no se dejaran engañar por sus adivinos y encantadores (Jeremías 27:1-11). De igual manera Jeremías también advirtió a Sedequías acerca de sus sacerdotes y profetas mentirosos (Jeremías 27:12-22). Cuando Hananías, uno de éstos, quitó el yugo del cuello de Jeremías y lo quebró, de acuerdo con la palabra del profeta de Dios, murió dentro de los dos meses subsiguientes (Jeremías 28:1-17). Por otro lado, cuando Sedequías hizo una visita a Babilonia ese mismo año, Seraías, el hermano de Baruc, echó al río Eufrates una copia de las terribles profecías de Jeremías contra aquella ciudad (Jeremías 50:1 a 51:58) que intentaba subir al cielo (51:53; cf. Génesis 11:4), en testimonio contra el tirano (Jeremías 51:59-64).

(Continuación)